

ÁNGEL MARTÍN

UNA NOVELA

EL DÍA QUE LO FUIMOS TODO

 Planeta

El día que lo fuimos todo



Ángel Martín

El día que lo fuimos todo

Una novela



Edición no venal

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Ángel Martín, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición de la versión definitiva: octubre de 2026

ISBN de la versión definitiva: 978-84-08-32713-4

Composición: Realización Planeta

Printed in Spain - Impreso en España



Para ti.
Como siempre.
Como todo.



Somos un *collage* basado en las pistas
que otros nos dan acerca de cómo
nos ven.



Siempre que tengo que enseñar el DNI cruzo los dedos para que no me toque un gracioso al otro lado. Y puesto que en los controles solo miran que la foto del cartoncito coincida con quien lo lleva, podrían eliminar lo de poner el nombre y así, cada vez que lo enseño, me ahorrarían la posibilidad de escuchar eso de «¿Abel? ¿Como el de Caín y Abel?».

El nombre debería ser algo que te pones tú el día que tienes claro cómo te quieres llamar. No digo que hasta entonces debamos identificarnos con números, pero quizá bastaría con que, al nacer, en lugar de sentenciarnos con un nombre, nuestros padres estuviesen obligados a añadir entre paréntesis: «Este nombre es provisional». Así, a medida que creces y ves qué tal te llevas con el que te han puesto, podrías valorar si finalmente es el que quieres o preferirás cambiarlo.

Por suerte, la persona que hoy está encargada del control encaja más con la definición de *indiferente* que de *gracioso*. Me atrevería a decir que ni siquiera ha mirado si el nombre que había en el DNI coincidía con el que pone en el billete. Se ha limitado a pasar una especie de pistola

por encima del QR que aparece en el papel que llevo impreso y en cuanto la máquina ha hecho pip, me ha lanzado el mismo gesto de desprecio que un portero de discoteca después de comprobar que no tengo pinta de dar guerra si me dejan pasar dentro.

Puede que enseñar el DNI haya sido completamente absurdo, porque mientras lo guardo otra vez en la cartera, pensando en lo caótico que ha sido tener que reorganizar todo mi día para hacer este viaje, me doy cuenta de que absolutamente nadie de los que están pasando ahora lo ha sacado. Simplemente enseñan el billete, el tipo con mirada de haberse dado cuenta ya hace años de que eligió el trabajo equivocado enfoca con su pistolita en el QR y en cuanto escucha el pip les dedica el mismo gesto de desprecio con el que me ha dejado a mí pasar.

A lo mejor lo de enseñar el DNI hace años que dejó de tener que hacerse.

La verdad es que no tengo ni idea de cuándo fue la última vez que cogí un tren. Para viajes más o menos largos siempre he preferido el coche. Prefiero tener la libertad de parar cuando yo quiera, donde quiera y cuanto quiera. Dicho así suena a que soy todo un aventurero, pero la verdad es que no creo que haya nadie menos aventurero que yo. Me encantaría serlo. Me encantaría ser una de esas personas capaces de echar en un petate cuatro cosas, meterlas en un coche junto a un perro y largarse a recorrer el mundo sin tener un rumbo claro.

Pero no soy así.

Lo más parecido a vivir una aventura que he tenido fue quedarme sin gasolina justo en la entrada de una gasolinera. Mi coche tenía la aguja rota, pero más o menos sabía cuánta quedaba en el depósito, así que tenía claro que necesitaba parar en la siguiente gasolinera que hubiese en la autopista. En cuanto vi el cartel que marcaba que a un kilómetro había una, me puse en el carril de la derecha, bajé de velocidad, apagué el aire acondicionado, porque alguna vez alguien me dijo que llevarlo puesto consumía un poquitín más, y enseguida apareció el cartel que

indicaba que ya estaba a quinientos metros. A doscientos metros el coche dio un pequeño tirón, me agobié un poco, pero no demasiado. A cien metros empezaron a repetirse los tirones y desde ese momento hasta llegar al surtidor, el coche fue perdiendo potencia y continuó los pocos metros que faltaban con tirones. Pero desde el momento en que los surtidores estaban dentro de mi campo de visión, quedarme sin gasolina se convirtió en un problema que podía resolverse empujando el coche durante veinte o treinta metros. De hecho, no descarto que la manguera del surtidor tenga más o menos esa longitud. Así que *aventurero* no será una de esas palabras que la gente utilice cuando hable de mí después de muerto.

Es verdad que prefiero la libertad que me ofrece viajar en mi propio coche, pero esta vez es importante llegar pronto y, por muy rápido que yo pueda conducir, en tren tardaré cuatro horas menos. Y cuatro horas, si estuviese yendo a visitar a una persona que acaba de nacer, no son absolutamente nada. Pero como este viaje es para ver a alguien que está a nada de morir, cuatro horas lo son todo.

* * *

Lo último que tenía previsto esta mañana era viajar para ver morir a alguien. Mi plan de hoy era el mismo plan de siempre:

Desayunar.

Ir al estudio.

Mentir acerca de en qué punto está el trabajo que ten-

go que entregar la próxima semana para que todo el mundo piense que lo tengo controlado y ya está prácticamente terminado.

Comer con un amigo que asegura que ser padre es lo mejor que le ha pasado, a pesar de que desde que nació su hijo empezó a caérsele el pelo, bebe más de lo normal y antes de subir a casa se queda sentado en el coche llorando diez minutos.

Volver al estudio a fingir que lo que me falta es una inspiración que seguro que llegará si dedico el resto de la tarde a mirar vídeos de internet.

Volver a mentir acerca de en qué punto está el trabajo que debí entregar hace una semana para que todo el mundo piense que justo cuando estaba a punto de entregarlo me di cuenta de algo que llevará el proyecto a un nivel mucho mejor.

Tomar una cerveza con una amiga que asegura que volver a estar soltera es lo mejor que le ha pasado y que pasa de los tíos porque ahora solo quiere estar tranquila, aunque prácticamente cada día se folle a alguno y se enamore por completo de dos de cada tres bajo la frase «con este noto que esta vez será distinto».

Volver a casa con algo de cenar que habré comprado en cualquier sitio.

Cenar de pie solo, en la cocina, fingiendo que así es como me gusta a mí cenar para no reconocer que lo que me da pereza es dedicar cinco minutos a montar la mesa.

Responder a los mensajes que no haya respondido porque al recibirlos me dieron absolutamente igual, pero

me conozco lo bastante como para saber que me sentiré mal si los dejo simplemente en vistos sin devolver como respuesta por lo menos un emoji mostrando una reacción con la que no me identifico.

Tirarme en el sofá con intención de ver una película que seguro no veré porque la mayor parte del tiempo lo invertiré en mirar tráileres tratando de descubrir qué es lo que me apetece, y meterme en la cama sabiendo que dormiré tan regular como llevo durmiendo desde que crucé la frontera de los treinta y cinco años.

Pero a mi edad, cuando recibes una llamada diciendo «está muriendo y estaría bien que vinieras», sabes que no es una sugerencia y la cosa es lo bastante grave como para hacer una maleta y añadir entre la ropa el traje negro que te pusiste por última vez en una boda.



* * *

Sabía que llevaba ya algún tiempo estando regular, pero como cuando hace unas semanas pregunté qué tal estaba y me dijeron que los últimos análisis habían salido muchísimo mejor de lo que todos esperaban, bajé un poco la guardia y pensé «entonces no hace falta que me acerque a verla ya».

Mi cabeza lo hace muchas veces. Pasa de la preocupación extrema a la tranquilidad más absoluta con una facilidad que asusta. Si yo fuese uno de esos pasajeros que estaban en el Titanic la noche que se hundió, estoy convencido de que, si consiguiera sujetarme a una pequeña tabla de

madera, pensaría «no hace falta preocuparse tanto. Si hubiésemos tenido que mantenernos a flote por nuestros propios medios estaríamos jodidísimos, pero ahora que tenemos este trozo de puerta a la que sujetarnos, sobreviviremos fijo», ignorando que nadie sabe que estamos en mitad del océano Atlántico, de noche, a no sé cuántos grados bajo cero, en estado de *shock*, sin comida ni bebida y con tormentas acercándose.

Por eso, al escuchar esta mañana «todo indica que no pasa de esta noche», mi cabeza se ha quedado totalmente bloqueada, pensando «¿pero entonces el trozo de madera no nos va a llevar a tierra?».



**EL 7 DE OCTUBRE
EN LIBRERÍAS**



RESERVA AQUÍ TU EJEMPLAR